

El lenguaje y la cultura

MARÍA DELIA GATICA DE MONTIVEROS
Universidad Nacional de Cuyo, San Luis

Introducción

El lenguaje es para el hombre su más alto instrumento de humanización. Es la respuesta preclara a la necesidad de intercomunicación inteligente. Surgió en la sociedad de los hombres, no en la soledad de la bestia. Es, pues, una institución social que satisface las más caras incitaciones de la vida espiritual.

El lenguaje oral —y sólo a éste y a su expresión gráfica he de referirme— debió de ser después de la Caída del hombre sumamente precario. Mediante un aparato fonético que lograría flexibilidad tras muchos milenios de ejercicio, el lenguaje hubo de ser la expresión casi forzada de urgencias inmediatas. Siendo y todo una función eminentemente espiritual, no puede dudarse de que en su comienzo las manifestaciones rudimentarias del lenguaje articulado debieron de tener un fuerte acento biológico. Descubierta el símbolo fonético, en posesión de la conciencia del signo, el hombre debió de articular voces que expresaban a sus congéneres sus necesidades, sus deseos, sus órdenes. A su vez, de la íntima relación del ser humano con cosas y fenómenos naturales, surgía, plena de sentido, la onomatopeya.

Meditar sobre el largo y laborioso proceso de la conquista de un lenguaje evolucionado es bajar hasta las raíces esenciales del ser humano, nacido para la libertad, aunque debiendo por su esfuerzo alcanzarla; hecho para ser persona, aunque no le baste el simple crecimiento para llegar a serlo; creado con el don de la palabra, bien que debiendo perfeccionar su habla.

El proceso evolutivo del lenguaje se observa ininterrumpidamente, así como a través del desarrollo individual, en el trascurso de la historia de las civilizaciones. Pero la historia sólo nos muestra una parte

de ese proceso. Más allá, en los dominios de la prehistoria, tan amplios que parecen casi ilimitados, se extiende entre penumbras, esporádicas luces o densas sombras, la larga cinta de la formación y conformación de las lenguas humanas. La historia es sólo el foco conciential. Rica y llena de sugerencias como la subconciencia es la prehistoria. La insaciable ansia cognoscitiva del hombre ha calado ya muy hondo en una y otra. Pero en lo que a la ciencia del lenguaje se refiere, por mucho que los especialistas se sumerjan en el pretérito, siempre se encuentran con lenguas organizadas y ya largamente evolucionadas. Tanto es así, que por el puro estudio de éstas no es posible llegar al origen del lenguaje. "El problema del origen del lenguaje no es de orden lingüístico", dice Vendryes.

Para nuestros propósitos bástenos señalar que cuando el hombre se asoma a la cultura tiene ya madura posesión del lenguaje, que es el auxiliar más poderoso en las conquistas del espíritu.

Las comunidades históricas y el lenguaje

La historia de la humanidad es inseparable de la historia del lenguaje. En rigor no cabría intentar una historia de la humanidad sin prologarla con una introducción sobre el desarrollo de las lenguas. Es indudable que la humanidad no hubiera podido alcanzar su desenvolvimiento histórico sin el lenguaje. La función del habla como diálogo nos dice de su importancia en las relaciones entre los hombres, de su eminente función social.

Junto con el desarrollo y el ascenso cultural de las comunidades humanas contemplamos, en medio de una pasmosa diversidad de lenguas, los complejos aspectos de su evolución. Su incesante transformarse ha hecho abusar del símil biológico, llegando a tratarse las lenguas como organismos vivos que tuvieran su nacimiento, sus períodos de crecimiento y madurez, su decadencia y su muerte. Pero ocurre que las lenguas no *nacen* de hecho, sino que se originan lentamente en otras, que su *progreso* es en realidad un proceso evolutivo donde las adquisiciones se balancean con las pérdidas, que si bien hay lenguas que dejan de ser habladas, ello ocurre en realidad sólo en determinada forma o estadio de una lengua, pues se siguen hablando las que antes de su relativo enmudecimiento se originaron de ella. Es preciso restringir, pues, el concepto de la vida propia e inde-

pendiente de las lenguas. Su fluencia vital se nutre en los senos del espíritu, y si hay progreso en el lenguaje no es otro que el progreso del hablar espiritual.

Entre los fenómenos que se observan *prima facie* en la evolución de las lenguas dentro de las comunidades históricas nombraremos el de segmentación y los de contacto y mezcla. Los más antiguos troncos lingüísticos descubiertos hasta hoy, aparecen ramificados y subramificados en la era histórica, alcanzando formas diferenciales morfológicas y semánticas muy marcadas. Y acá es necesario reconocer la influencia sociológica, pues no todas esas transformaciones obedecen a las leyes evolutivas —fonéticas y semánticas— desde hace mucho tiempo reconocidas, sino que en ellas tiene parte importante la estructura social en el seno de la cual se produce el cambio.

Es posible que la extensión territorial en que una lengua es hablada, lleve en sí y sólo por eso un importante germen de segmentación. Es fácilmente observable cuán difícil es mantener la unidad lingüística en un país muy extenso. La segmentación del lenguaje producida por la circunstancia geográfica origina los dialectos. La influencia del medio físico reflejada en las tonalidades dialectales se ejerce en primer término sobre las comunidades humanas, que merced a él se modifican y particularizan en forma notable. Las diferencias de vida entre los habitantes de la montaña, del llano y del litoral marítimo, han creado siempre distinciones grandes en las actividades, costumbres, asociaciones de ideas, hábitos mentales, y estos módulos influyen poderosamente diferenciando en la evolución lingüística el habla de las distintas regiones.

Mientras el fenómeno de segmentación del lenguaje es más frecuente en las montañas, porque su conformación divide profundamente, dando asiento a los núcleos de diferente densidad de los pobladores de los valles, los fenómenos de contacto y penetración son comunes en el llano, donde puede alcanzarse relativa unidad de lenguaje por ser menor la segmentación. En la costa, entre tanto, sobre todo tratándose de puertos muy frecuentados, la facilidad y variedad de los contactos raciales y lingüísticos origina situaciones de mezclas de lenguas donde a lo pintoresco se une el riesgo de la pérdida de unidad y carácter idiomático. La evolución del lenguaje es mucho más rápida en estos lugares que en los valles, donde van quedando islotes de arcaísmos. Demás está decir que las lenguas que viajan, sea por su

situación geográfica, sea por razones políticas o comerciales, se transforman mucho más que las lenguas de poblaciones sedentarias.

La segmentación del lenguaje puede también originarse por causas meramente sociales. Se da el nombre de lenguas especiales a las que tienen por causas de sus modificaciones la segmentación social. En las grandes agrupaciones urbanas, donde las diferencias sociales son profundas y variadas, la lengua ha ido adquiriendo peculiaridades muy notables. El lenguaje de las clases gobernantes nunca fué el mismo que el de la plebe. Los burócratas se expresan de distinta manera que los comerciantes. La lengua de los Tribunales es insólita fuera del uso de la magistratura. Los diferentes gremios, de acuerdo a particulares necesidades derivadas de sus propias actividades van conformando un vocabulario especial y ajustando su expresión a peculiares variantes sintácticas. Junto a las hablas especiales y reconocidas se ha visto también prosperar en las ciudades las jergas más diversas, desde las de los estudiantes a las de los malhechores. Pero estas jergas, evolucionando rápidamente, presentan también poca duración.

Marcado influjo en el ritmo de la evolución lingüística tienen los distintos grados culturales de una comunidad. Si bien las clases más instruídas aceptan con más amplitud nuevas palabras o giros sintácticos, ellas oponen mayor resistencia al desgaste fonético. Por otra parte, la expansión y poderío político de una nación afirma la expansión y preponderancia de su lengua. Así, correlativo al desarrollo de las lenguas nacionales, se opera el retroceso de las hablas regionales. Pero hay otro factor de índole moral que juega un papel de primer orden para la grandeza de las lenguas; es el sentimiento de la importancia del propio idioma. Asunto de educadores es, pues, despertar la admiración y el respeto por la lengua hablada, considerada unánimemente como uno de los más fuertes vínculos de cohesión nacional.

Poesía y lenguaje

En la base de todo estudio cultural del lenguaje encontramos su unidad originaria con la poesía. En los asomos del vivir social el lenguaje era uno con la vida única, natural y espiritual del hombre. Vida que debió ser preferentemente sensibilidad. Estado psíquico ideal para el asombro, para el goce de la belleza. Y la palabra que lo traslucía, las voces rudas que expresaban esas emociones prístinas,

debieron de tener toda la idealidad de la auténtica poesía. A los ojos de aquellos hombres pudo parecer poesía toda la realidad. O dicho de otro modo, la realidad que vivían era esencialmente realidad poética. Por eso el lenguaje debió de ser en las primeras comunidades humanas —como lo es en el niño— eminentemente creador. Hablar que no está sujeto a sistemas, que no obedece a gramáticas, libre como trino de aves.

Se habla fantaseando cuando se vive en estado de creación poética. Y quien poetiza de veras, vive también plenamente. La poesía, en efecto, está enraizada en la vida humana más profunda. Por eso, para que el ser de la Creación que se llama hombre, sea genuinamente, integralmente un carácter humano, necesariamente debe tener fantasía y sensibilidad poética. En su hora auroral, como en sus más altos momentos de plenitud histórica, el ser humano ha ejercitado su actividad creadora mediante las palabras. Y es por la vía del *verbo* por donde más el hombre se asemeja a Dios.

Cierto parece que los hombres, antes de razonar, supieron emocionarse. Y de las aptitudes espirituales que más han cooperado en la elevación cultural de la humanidad, es la aptitud para sentir lo bello la que viene de más lejos, prestando su resplandor a las más entrañables ideas religiosas y filosóficas que van definiéndose en la conciencia humana.

La primera poesía de los pueblos expresa siempre una visión intuitiva del mundo. Por eso el parentesco originario entre poesía y filosofía es innegable. A su vez, casi todas las religiones y filosofías primitivas, y acaso las grandes concepciones filosóficas de todos los tiempos, son fundamentalmente poéticas. A la inversa, las obras de los grandes poetas tal vez encierran siempre su propia y particular cosmovisión filosófica. Opinión que es sostenida por heraldos del pensamiento contemporáneo, como Dilthey y Santayana.

No es razonable considerar el lenguaje como una simple función de la vida, como un mero producto, como un epifenómeno, vacío de contenido propio y privado de libertad, sino que hay que ver en él una expresión de la actividad espiritual donde la intención estética, original y por eso libre, despunta siempre. Las palabras nos enseñan, y su primera enseñanza es poética. Metafóricamente son las palabras, las voces verdaderas del lenguaje interior, las que nos hacen hablar. El mundo íntimo llega a manifestarse a los demás por gracia del len-

guaje. Y el hombre usando su lengua y perfeccionando su decir, ha creado uno de los más ricos, de los más amplios, de los más hermosos sectores de su propia cultura: ha creado la literatura: poesía, prosa filosófica o científica, oratoria, plegaria. Y ha ido dejando en la palabra escrita la historia —epopeya, elegía, oda— de su accidentado, aunque tal vez siempre poético, transitar por la Tierra.

Conocimiento y lenguaje

Actividad fundamental del ser humano es la del conocimiento. El hombre siente sed de saber. La palabra es la expresión de esa actividad cognoscitiva, y puede sostenerse que sólo se conoce bien una cosa cuando se la expresa con propiedad. Tres son las principales vías que se ofrecen a la actividad cognoscitiva: la experiencia, la intuición y el razonamiento. No entro en problemas de teoría del conocimiento. He de tratar sólo de la vinculación entre *el saber* y *el decir*. Ni hablaré separadamente de la relación experiencia y lenguaje, porque remitiré la experiencia a su significación clásica, refiriéndola al saber acumulativo, empírico y práctico que proporciona, conocimiento que se expresa naturalmente en lengua corriente. Para mis propósitos, las formas más altas de la experiencia quedan incluidas en la intuición y participan de los medios expresivos de ésta; referente a la experiencia científica halla ésta su lenguaje en algunas formas del razonamiento.

La intuición está emparentada con la vivencia poética. Su conocer tiende a la totalidad. Su visión es sintética en alto grado. Se produce conmoviendo el ser hasta la raíz y es fresca y espontánea. Consecuentemente, su traducción mediante el lenguaje será, si la intuición es profunda, enteramente original.

La intuición se nutre tanto de la sensibilidad cuanto del intelecto. A menudo tiembla en ella, con la luz del entender, el ala de la emoción. Por eso la expresión oral o escrita del conocimiento intuitivo surge plena de calor de vida honda, rica en metáforas, embellecida de gracia poética. Tiene el lenguaje del conocimiento intuitivo, gran fuerza creadora. La expresión de una intuición real, honda, siempre parece floración; y acaso tenga muchas veces el divino desorden de la belleza, cuyo ritmo, cuyo número más íntimo, es siempre desconocido.

A la intuición se contrapone el conocimiento racional o lógico. El λόγος, la razón es sillar y coronamiento de la facultad intelectual del ser humano. Porque el hombre no es sólo inteligente —en un sentido pragmático— sino que su inteligencia tiene la superioridad de la razón, del luminoso λόγος helénico, del pensamiento y discurrir puros.

Manera fundamental del conocer es sin duda alguna el razonamiento. Como supone la separación del sujeto y del objeto, del ser cognoscente y de la cosa por conocer, el razonamiento postula una actitud que permite una mirada escrutadora, un análisis minucioso, una captación libre de velo del sentimiento, de modo y manera que la cosa pueda ser objetivamente tratada y comprendida. Tal conocimiento se expresa en juicios claros, en razonamientos lógicos, en conceptos abstractos que tratan de encerrar, desnuda, la verdad. Toda una categoría del lenguaje ha surgido de la forma del conocer racional. Tiene la lógica su propio lenguaje y su propia sintaxis. Por otra parte, algunas épocas históricas, de acuerdo al predominio de una conciencia filosófica racionalista, se han distinguido por el rigor lógico de la lengua, por el aspecto razonador de la expresión. Estas son épocas de auge para la ciencia gramatical. La gramática ha tendido siempre a la racionalización de la lengua. (Después del intelectualismo de Descartes, la Gramática de Port-Royal).

El saber que da el razonamiento se contrapone generalmente al saber vulgar. Mientras éste se va acumulando a través de la vida, sin intención decidida del sujeto, el saber reflexivo es fruto de dedicación, de esfuerzo, de íntimo convencimiento. Es precisamente resultado del método. Y en este punto juega un papel muy importante el lenguaje, pues el método, en el razonamiento, es fundamental hechura del lenguaje, si es que el razonamiento ha de cumplir su misión esclarecedora, siendo no sólo un medio de individual conocimiento, sino una manera de hacer llegar a los demás el propio saber. Y ya se sabe que sólo es cultural el conocimiento que se trasmite o puede transmitirse.

No descolló la actividad lógica simultáneamente con el despertar del espíritu humano; antes bien, su madurez implica el desenvolvimiento de eximias potencias anímicas del hombre. El proceso del pensar significa ascensión reflexiva. El uso de la racionalidad manifiesta un gran progreso en la conquista de la humanización. Por eso vivir humanamente quiere decir, en gran medida, vivir según la razón.

Los griegos honraron la razón como la excelencia sin par de la persona humana. Con el λόγος helénico se desarrolló y perfeccionó una lengua maravillosa para la expresión del saber. Huelga decir que de las dos direcciones principales del conocimiento: el saber filosófico y el saber científico, los hombres de la Hélade se dieron preferentemente al primero. Uno hubo entre ellos, para quien la palabra fué ejemplarmente instrumento del conocer, utensilio para hurgar el saber, camino para alcanzar la realidad. Aquél, digo, que mediante el lenguaje desbrozaba primero la selva inculta, para conducir luego al espíritu al descubrimiento de la fuente siempre escondida de la Verdad. En Sócrates, efectivamente, la palabra era el proceso y la meta del conocimiento. Y otro grande le siguió, que de la Dialéctica hizo la ciencia de la ciencia, porque su ejercicio promovía al conocimiento luminoso de las *ideas*. Y con él, con el divino Platón, el lenguaje filosófico alcanzó las más resplandecientes, y también las más poéticas alturas.

Pensar idiomático - Lengua corriente y elocuencia

El lenguaje, con servir según se ha visto a las más conspicuas arquitecturas racionales, no es, sin embargo, *esencialmente* lógico. No se niega con esto que la actividad racional del espíritu humano sea perfectamente natural, sino que se tiende a establecer una distinción entre el lenguaje corriente y el lenguaje usado por la lógica, partiendo de la diferencia entre *pensar lógico* y *pensar idiomático*, observada por Steinthal, comentada por Vossler.

El pensamiento lógico, siempre abstracto en sus formas más puras, busca portador en las palabras, aunque nunca logre con ellas una total adaptación, una absoluta equivalencia a su sistema conceptual. A su vez, el pensar idiomático se mueve tan a gusto entre las palabras, encuentra tan propias sus leyes no siempre racionales, que bien puede decirse que pensar y palabras se confunden en una misma actividad del espíritu. Los principios de la lógica son universales, y el pensamiento lógico aspira a la mayor universalidad; el pensar idiomático está inmerso en el genio de la lengua, es nutrido por un fuerte sentimiento vital, es más individual, y aparece a menudo tocado de la intención estética. No es que el pensar idiomático carezca siempre de lógica. Su sino es diferente.

Donde mejor se manifiesta el pensar idiomático es en la lengua corriente. El hombre habla sin ajustarse a criterios lógicos, arrastrado por la fluencia de las voces de su lengua, cautivo a veces de su propia fantasía. A menudo su hablar no es ni siquiera gramatical en el sentido usual del término. Y sin embargo, el habla corriente cumple a maravilla la más importante función práctica del lenguaje, la de ser entendida por todos los hombres que usan la misma lengua. Así, pues, la comunicación oral se establece, no en función del pensar lógico, sino del idiomático.

Puesto que el habla corriente supone por lo menos un locutor y un oyente, cuando no un auditorio más o menos numeroso, debemos reconocer a esta clase de lenguaje un carácter eminentemente social. En efecto, mediante la lengua hablada el hombre se manifiesta plenamente en relación con sus semejantes. "Gracias al modo activo, práctico y corriente del lenguaje que se llama *hablar*, y no por su poetizar ni por su investigar, tenemos en el hombre un ente social", afirma Vossler.

El habla corriente tiene una forma que es manifestación exquisita de la cultura: *la conversación*. No es lo mismo hablar lisa y llanamente con un prójimo que conversar. En el simple hablar, el lenguaje es en gran manera voluntad; se habla para expresar los deseos, los temores, un mandato, una súplica. Se habla enfáticamente, humildemente, sonoramente, en voz baja, etc. El hablar responde frecuentemente a urgencias físicas o mentales. Conversar es el género moroso del diálogo humano. Conversan quienes tienen tiempo para ello, pero lo hacen bien quienes han recibido los necesarios influjos culturales de orden moral, lingüístico, intelectual, artístico. La buena conversación está sujeta a normas urbanas, y como este intercambio oral entre dos o más personas ha de "versar" sobre distintos temas, desde los más triviales de las conversaciones mundanas, hasta los entrañables de Eckermann y Goethe por ejemplo, es innegable que *saber conversar* es una verdadera adquisición cultural.

La conversación, siendo una forma del habla corriente, responde naturalmente al pensar idiomático; es también con frecuencia jugosa expresión de vida, y cuentan mucho en ella las formas individuales del lenguaje interior, de modo que es posible ser muy original al conversar. Mas en algunas épocas históricas el lenguaje empleado por la alta sociedad se refinó excesivamente, se hizo demasiado convencio-

nal, cerrado y hasta obscuro, de manera que si la conversación ganó en pulcritud y finura, perdió contacto con la vida hasta volverse irremisiblemente insubstancial y plena de fórmulas caducas. Por lo demás, éste es el destino inevitable de todos los preciosismos del habla y de la literatura.

Si bien hemos presentado la conversación preferentemente como una actividad espiritual desinteresada, como una feliz manera de emplear el tiempo de ocio, —tan raro, tan caro en nuestros tiempos que bien podríamos llamarle el *áureo ocio*— queremos, digo, recordar otra forma de conversación en la cual el que lleva la palabra siente, más que el deleite de la intercomunicación verbal, el de llegar a convencer. No la gracia, sino *la elocuencia* es lo que brilla en este tipo de conversación. Pero ocurre con frecuencia que el conversador elocuente deja de *conversar*, para sólo *hablar*.

La elocuencia es por cierto una gran fuerza espiritual. Hay una elocuencia natural y una elocuencia retórica. Las dos pueden darse en el coloquio, aunque la última forma se oye más propiamente en la oratoria. Y en ésta, que es un modo espectacular del lenguaje, muéstrase incontrastable el poder casi mágico que a las palabras da la elocuencia. No se circunscribe al yo la elocuencia, no busca solamente la manifestación de personales sentires, no tiene por fin la estricta expresión del pensamiento racional. Se vale ciertamente de la poesía y de la lógica, pero su fuerza es expansiva, y su fin es conmover el ánimo de los oyentes para influir en sus decisiones, en sus creencias, en sus modos y costumbres.

La elocuencia ha sido siempre un arma poderosa para el predicador, el político, el educador. El apóstol, cualquiera sea su ideal, debe ser naturalmente elocuente. La elocuencia arrastra el sentimiento y despierta la admiración. Llega a enseñorearse sobre multitud de almas y a dominar las voluntades. Por eso es sin duda grande el destino del hombre elocuente si empleando bien su poder contribuye a mejorar a los hombres.

Notas finales

La cultura compendia en gran manera los esfuerzos y realizaciones del hombre por lograr la expresión de sus aptitudes. Las actividades humanas son materiales y espirituales. Podría pensarse que las actividades materiales tienen su objetivación y expresión acabadas en el

producto buscado y hallado, el que a menudo es conjuntamente manifestación de honda actividad espiritual. Es evidente que el hombre se expresa mediante el arado, el hidroavión, el juguete, los maravillosos aparatos de la física contemporánea; pero es también incontrovertible que toda conquista material de la civilización tiene para la cultura su expresión cabal cuando tales conquistas quedan expresadas en palabras apropiadas. Y estas voces no siempre están en la lengua en los momentos de la invención, descubrimiento o construcción, sino que con frecuencia hay que crearlas, o modificar en su forma o sentido las que presenta el vocabulario.

De las actividades puramente espirituales, la fuente expresiva de mayores posibilidades es el lenguaje. Las artes cuentan también como medios de expresión la forma, la proporción, el color, la melodía. Pero aunque esto sea así, y aunque las vivencias estéticas no necesitan de palabras formuladas, es indudable que para participar, para comunicar esas vivencias en la medida de lo posible, hace falta el lenguaje. "*Instrumento del pensamiento*", se define al lenguaje. Fundamental instrumento del *espíritu*, que una vez se manifestó en el Verbo Encarnado, y que siempre necesita hacerse patente mediante las palabras, se dice también.

Las épocas de cultura floreciente han sobresalido por la plenitud de la lengua hablada y escrita. Esos períodos áureos de la historia del hombre, en los que el saber y el arte rebasan sus reductos ordinarios y se hacen en cierta medida pan de todos, se reconocen, no sólo por las producciones de la ciencia, el vuelo del pensamiento filosófico, las manifestaciones de las bellas artes, las costumbres y las modas sino también por la evolución que alcanza el lenguaje y las formas que adopta. Son tiempos en que se desarrolla una gran preocupación idiomática. Se estudia y se enseña la lengua, y como se piensa mejor y se refina la sensibilidad, la expresión resulta clarificada y embellecida. El cultivo del lenguaje, pues, es un factor importantísimo en la total elevación cultural del hombre. Y esto es tanto más evidente si consideramos que el dominio del idioma es uno de los recursos mejores para favorecer la originalidad, para fomentar la personalidad y afirmarla.

Ayudar a los jóvenes a que por medio del lenguaje busquen la vía de su propio ser, para que lleguen a encontrarse y logren expresarse plenamente en lo que tengan de valioso, es una de las obras más hermosas de amor que pueda el hombre realizar por el hombre.